

<https://doi.org/10.46272/2409-3416-2021-9-2-80-95>

El XII duque de Osuna entre el espíritu aristocrático y el Dandi. La embajada rusa como cuestión de honor

© Jorge Pajarín Domínguez, 2021

Jorge Pajarín Domínguez, Estudiante de doctorado en la Escuela Internacional de Doctorado de la Universidad Rey Juan Carlos; Profesor Visitante en la URJC, Madrid (España)
Para la correspondencia: 28008, España, Madrid, calle de Quintana, 2

E-mail: jorge.pajarin@urjc.es

Recibido: 17.05.2021

Revisado: 14.06.2021

Aceptado: 30.06.2021

Para citar: Pajarín Domínguez, Jorge. "El XII duque de Osuna entre el espíritu aristocrático y el Dandi. La embajada rusa como cuestión de honor" [The XII Duke of Osuna, between aristocratic spirit and Dandy. The Russian embassy as a matter of honor]. *Cuadernos Iberoamericanos* 9, no. 2 (2021): 80-95. <https://doi.org/10.46272/2409-3416-2021-9-2-80-95>. [In Spanish]

→ Resumen

En 1856, se ponía fin a la ausencia de relaciones diplomáticas entre las cortes de Madrid y San Petersburgo desde hacía más de dos décadas. El nombramiento de Mariano Téllez-Girón, XII duque de Osuna, como ministro plenipotenciario en la corte rusa suponía la reanudación de las relaciones entre ambos países, deterioradas especialmente por la causa carlista. No obstante, significó sobre todo la reafirmación del noble español por su deseo de dejar su huella en la esfera pública y regia rusa. El duque de Osuna, al margen de las controversias políticas que pudieran surgir entre ambos países, supo ganarse la confianza del zar y desplegar su particular sentido del honor, imbuido del espíritu aristocrático y del Dandi europeo. El objetivo del estudio es hacer un retrato del perfil del duque de Osuna durante su misión diplomática en San Petersburgo, a partir de la idea de nobleza que se impuso, no sin contradicciones y oposiciones, en el liberalismo español y la idea del Dandi, como nuevo arquetipo del honor burgués. Las *Cartas desde Rusia*, de Juan Valera, secretario de aquella embajada, permiten descubrir la imagen desplegada por Osuna en la Corte de Alejandro II. El Duque no sólo se amoldó a las costumbres nobiliarias y autocráticas rusas, sino que permitió introducir una manera muy particular de



entender la figura del noble, esto le permitió rebatir los estereotipos existentes en torno a España, así como reforzar el prestigio de la reina Isabel, reconocida formalmente no sólo por Rusia sino por el resto de las potencias legitimistas.

→ Palabras clave

Nobleza, Honor, Dandi, diplomacia, duque de Osuna, Juan Valera

Declaración de divulgación: El autor declara que no existe ningún potencial conflicto de interés.

Review article

<https://doi.org/10.46272/2409-3416-2021-9-2-80-95>

The XII Duke of Osuna, between aristocratic spirit and Dandy. The Russian embassy as a matter of honor

© Jorge Pajarín Domínguez, 2021

Jorge Pajarín Domínguez, PhD candidate, International Doctoral School, Rey Juan Carlos University; Visiting Professor, Rey Juan Carlos University, Madrid (Spain)

E-mail: jorge.pajarin@urjc.es

Para la correspondencia: 28008, Spain, Madrid, de Quintana St., 2

Recibido: 17.05.2021

Revisado: 14.06.2021

Aceptado: 30.06.2021

For citation: Pajarín Domínguez, Jorge. "El XII duque de Osuna entre el espíritu aristocrático y el Dandi. La embajada rusa como cuestión de honor" [The XII Duke of Osuna, between aristocratic spirit and Dandy. The Russian embassy as a matter of honor]. *Cuadernos Iberoamericanos* 9, no. 2 (2021): 80-95. <https://doi.org/10.46272/2409-3416-2021-9-2-80-95>. [In Spanish]

→ Abstract

Russia and Spain re-established relations in 1856 after a two-decade diplomatic crisis caused by disagreements over Carlism. The appointment of Mariano Téllez-Girón, XII Duke of Osuna, as the plenipotentiary minister in the Russian court signaled a friendly reconciliation between the two countries. However, it meant above all the reaffirmation of the Spanish nobleman, who left his mark on the Russian royal and public sphere. The Duke of Osuna knew how to gain the Tsar's trust and displayed his sense of honor, imbued with the aristocratic spirit and the European dandy. This work

provides a portrait of the Duke of Osuna during his embassy in Saint Petersburg, against the backdrop of the ideal of Spanish liberalism, and of the dandy as a new archetype of bourgeois honor. The *Letters from Russia*, by Juan Valera, secretary of that embassy, help to understand the controversial image displayed by Osuna in the Court of Alexander II. The Duke not only adapted to the Russian noble and autocratic customs, but also presented a very particular way of understanding the figure of the nobleman, which allowed him to refute the existing stereotypes around Spain, as well as reinforce the prestige of Queen Elizabeth, formally recognized not only by Russia, but by the rest of the powers.

→ Keywords

Nobility, honour, Dandy, diplomacy, Liberalism, Duke of Osuna, Juan Valera

Disclosure statement: No potential conflict of interest was reported by the author.

Introducción

En el año 1856, se puso fin al bloqueo diplomático entre España y Rusia, tras más de dos décadas de ausencia. El reconocimiento ruso a la legitimidad de la reina Isabel II, tras años de apoyo sibilino a la causa carlista, permitió afianzar las relaciones entre las Cortes de Madrid y San Petersburgo. No obstante, en ningún caso, se tradujo en una alianza internacional con una gran repercusión política para ambos países. Ahora bien, sí permitió reforzar la imagen internacional del reinado de Isabel II, sobre todo, gracias al que sería su embajador en la corte rusa. El XII Duque de Osuna desplegó en San Petersburgo su cosmovisión, ajeno a la realidad política, pero de acuerdo con una concepción personal de la época de lo que significaba ser un Grande de España. En un contexto, como el siglo XIX español, en el que los valores característicos del Antiguo Régimen, como el honor o la posición preeminente de la nobleza, habían perdido valor o experimentado una cierta renovación interpretativa y social, el Duque de Osuna se encontró en la Rusia autocrática del zar Alejandro II cómo seguían vigentes y eran ampliamente valorados y aceptados. Su particular forma de actuar en San Petersburgo fortaleció el mito del aristócrata español.

La reconfiguración de la Nobleza en la España liberal

La victoria del liberalismo modificó el concepto tradicional de nobleza para adaptarlo forzosamente a los nuevos cambios que se estaban produciendo. En el contexto del proceso de construcción del Estado-nación, la figura del noble quedó completamente cuestionada, sobre todo frente al ascenso de las nuevas élites sociales, culturales y políticas, representadas fundamentalmente en la burguesía. En este sentido, el liberalismo español dudó acerca del protagonismo que la vieja aristocracia podía y debía desempeñar en los nuevos tiempos. Así lo manifestó el político moderado Joaquín Francisco Pacheco, quien denunciaba la decadencia de aquella frente a la del resto de Europa:

Tanto en número, como en valía individual, la Grandeza de España ha caminado por muchas generaciones en completa decadencia;

y las personas que hoy la componen no pueden sufrir el parangón de sus antepasados. Ni intelectual ni físicamente son comparables con lo que sus padres fueron en los días de su gloria, con lo que es en la actualidad alguna otra Aristocracia europea.¹

Ahora bien, Pacheco supo ver aquel prestigio social que seguía conservando la nobleza y que podía ser utilizada para garantizar la respetabilidad del orden político constitucional. Al fin y al cabo, "lo que siempre puede exigirse personalmente de todo hombre es la rectitud de sus sentimientos; y en ese punto, en patriotismo, en lealtad, la Grandeza de España es irreprochable."² Por lo tanto, aquel mágico halo que rodeaba a la nobleza de sangre siguió estando presente en el imaginario social decimonónico. No obstante, pese a su consideración como símbolo de la pervivencia del Antiguo Régimen, como señalaba Jover Zamora, "el prestigio social de la nobleza no proviene ya de una situación jurídica privilegiada, sino de la persistencia de cuanto de puro sentimiento de casta egregia había en la aristocracia 'de la sangre'.³

Así, la aristocracia, aunque ve menguado su papel dominante, seguirá conservando un enorme peso e influencia. Muchos miembros de la nobleza se sumaron a la causa liberal, especialmente la representada por el Partido Moderado, que experimentó un continuo proceso de ennoblecimiento que lo dotó de un cierto prestigio, pero también le permitió reforzar su posición conservadora y doctrinaria. La década moderada (1844-1854), por ejemplo, dio paso a un alto grado de imbricación entre aquel grupo de notables políticos y los cortesanos que retomaron el poder de Palacio. Así, en torno a la reina madre, se conformó un centro de operaciones donde las élites políticas moderadas se pusieron de acuerdo con aquel entorno cortesano a nivel económico, social y político.⁴ De hecho, en las épocas de gobierno conservador subsistió un reconocimiento de cierta preeminencia de la nobleza por parte de la sociedad, que fue recogida constitucionalmente al conferir a los grandes de España y títulos del reino una participación inmediata, ya fuese como miembros natos del Senado o ciertas facilidades para acceder al Congreso. De esta forma, la nobleza se integró dentro de los poderes formales establecidos en el Estado liberal. Su actuación política desde el ámbito parlamentario, como explica Moral Roncal,⁵ se basó en tres puntos centrales: su pleno apoyo a la monarquía representada por Isabel II; en segundo lugar, su defensa del orden, entendido como alternativa a la revolución; y, por último, se encuadró en un constitucionalismo doctrinario no exento de ciertas nostalgias por el pasado. En definitiva, su actitud política pretendió fundamentarse en principios como la defensa de la patria, la religión y la familia, valores que podían servir de ejemplo al pueblo.

Mariano Téllez-Girón fue ejemplo de esa nobleza imbricada en la estructura política del Estado liberal. Así, fue diputado en tres ocasiones, por Cádiz, Sevilla y Zamora, en 1837 y 1844, respectivamente, aunque apenas asumió la responsabilidad política durante unos meses, y, tras la muerte de su hermano y adquirir la grandeza de España, fue senador vitalicio, llegando a ocupar la vicepresidencia de la Cámara Alta en 1853. Sin embargo, a pesar de los elevados cargos que ocupó, mostró una absoluta falta de interés por la política, quizás, como asegura Marichalar, "porque hay en él una incapacidad de conciliar el credo de la clase en que ha nacido, con un instinto que le inspira arrolladora rebeldía. Le atrae el mundo, su pompa y sus lides galanas y diplomáticas."⁶

Pero la incursión de la nobleza en la política no sólo permitió consolidar su posición social. Llevó consigo un beneficio económico, sobre todo cuando se produjo, a partir de 1836,

1 Pacheco 1845, 191.

2 Ibid.

3 Jover Zamora 1988, 148.

4 Pro Ruiz 2007, 27-55.

5 Moral Roncal 2015, 98.

6 Marichalar 1998, 143.

la llamada “desvinculación señorial,” que trajo consigo el fin de los mayorazgos y el deslinde de sus patrimonios. Así, algunos miembros de la nobleza aprovecharon la ocasión para liberarse de ciertos bienes, fuertemente gravados y, por ello, poco rentables, para conseguir un cierto saneamiento patrimonial e, incluso, adquirir bienes vinculados como bienes de propiedad, cuyas rentas podían disfrutar ahora personalmente. No obstante, otras muchas familias nobiliarias no se adaptaron satisfactoriamente a la nueva economía liberal, aumentando sus deudas y viéndose obligadas a vender muchos de sus bienes. Mariano Téllez-Girón fue un ejemplo de ello. Cuando en 1844 muere su hermano, no sólo heredó multitud de títulos nobiliarios que unió bajo su única persona, sino una importante fortuna, con infinidad de propiedades en España y el resto de Europa, las cuales, al abolirse los mayorazgos, quedaron como bienes libres de los que podía disponer a su antojo. Es decir, al desaparecer las antiguas fórmulas tendentes a preservar, todo comenzaría a ser fruto de la voluntad de cada titular. Así, como arquetipo de despilfarrador, dilapidador o manirroto quedó completamente endeudado al final de su vida. Su incapacidad para gestionar eficazmente aquel gigantesco patrimonio se puso principalmente en evidencia durante la embajada rusa que lideró. Así lo aseguraba el dictamen sobre el estado de la Casa de Osuna, que Pi y Margall, entre otros, elaboró con motivo del testamento del Duque de Osuna:

Sostener competencia en suntuosidad con la aristocracia de Rusia, donde hay familias propietarias de casi provincias enteras y que disponen del inmenso aparato que obtienen gratuitamente en virtud de los derechos señoriales, sólo era posible a persona tan desinteresada como el último Duque de Osuna: si en ilustres y poderosos abuelos no le ganaban, no quiso cederles ventaja en la magnificencia del costoso lujo moderno.¹

Por ello, en 1863, Osuna decidió ceder la gestión de sus bienes a Bravo Murillo como apoderado general de la Casa de Osuna para nivelar su fortuna y salvarlo de la ruina a la que paulatinamente se veía abocado “con sólo que moderase sus gastos.”² Pero Mariano Téllez-Girón se negó a disminuir su excesivo tren de vida y su boato. Así, como señala Mata Olmo, aquel “alejamiento, ya no sólo física sino ‘mental’ también de las cuestiones relacionadas con el uso y gestión de su patrimonio”³ reflejaba, como veremos, su particular cosmovisión sobre el honor, como noble y Dandi. Como explica Marichalar en su particular biografía sobre Osuna, “el homenaje del verdadero Dandi es justamente esa impertinencia que todo lo arriesga y que, en una actitud desdeñosa y hastiada, encubre una pasión profunda, capaz de herir lo que más ama.”⁴ El resultado fue la mayor quiebra producida en la España del siglo XIX y no por causa de actividades financieras mal gestionadas, sino por simple incapacidad de adaptarse a la realidad liberal.

Otro campo de actuación ya mencionado desde el que la nobleza pudo asegurarse su presencia dentro de los resortes del Estado liberal fue la diplomacia. El liberalismo español, aun con la defensa de la meritocracia, no podía obviar que la cultura, costumbres y relaciones que formaban la vida diplomática europea continuaran siendo profundamente aristocrática, por lo que resultaba normal su presencia al frente de embajadas y legaciones. Además, la ausencia de remuneración durante buena parte del siglo XIX en los niveles iniciales de la carrera diplomática la convirtió en un coto cerrado y reservado a los hijos de las familias de buena posición social y económica.⁵ En este ambiente, sobresalió el Duque de Osuna. En 1838, fue miembro de la delegación extraordinaria española como Caballero

1 Comas y Arqués 1885, 1-2.

2 Sánchez-González 2020, 170.

3 Mata Olmo 1989, 615.

4 Marichalar 1998, 199.

5 Moral Roncal 2015, 100.

agregado militar durante la coronación de la reina Victoria; también en Londres, en 1852 fue el representante de la corte española en los funerales del Duque de Wellington; un año después, acudió a París como embajador extraordinario para la boda del emperador de los franceses Napoleón III y la aristócrata española Eugenia de Montijo, a la que conocía personalmente; en el otoño de 1861 es de nuevo designado para representar a la reina y a la nación en Berlín por la coronación del emperador alemán Guillermo I; y, finalmente, con motivo del enlace del futuro káiser Guillermo II con la princesa Victoria Augusta de Sleswig-Holstein, Alfonso XII nombraría a Osuna como Embajador Extraordinario para representarlo en la ceremonia.¹ Aunque no era un hábil diplomático, sus misiones en el extranjero le permitieron poner en valor su estatus como “un caballero español, obcecado en serlo.”² Sin lograr importantes éxitos políticos, al resultar “excesivo, rumboso, impertinente, triunfa porque se impone; pero jamás por cálculos premeditados.”³ No obstante, al mismo tiempo, sus estancias fuera de España permitieron traer al país “aires de fuera para que nada le faltase a ella; y porque nadie le faltase no dejaron jamás de tenerla cumplidamente representada”.⁴

Pero la nobleza no se limitó al abanico de oportunidades que ofrecía el Estado liberal. La vieja aristocracia siguió conservando su tradicional protagonismo en la Corte, espacio desde el que poder seguir influyendo y determinando la vida política del país. A pesar de los intentos de los gobiernos constitucionales por renovar el entorno cortesano, la cuestión de Palacio se entendía como un asunto privado regio. Sólo la coyuntura bélica provocada por la primera guerra carlista y la necesidad de la reina-regente María Cristina por disponer de los apoyos necesarios para la causa isabelina, permitió la depuración de la nobleza absolutista de los principales espacios de poder, como la diplomacia, el ejército, el gobierno y, evidentemente, la Casa Real.

Sin embargo, Isabel II, como cabeza natural de la aristocracia de sangre, siguió estando rodeada en su vida diaria de personas encuadradas en este grupo social, ocupando los principales cargos palatinos de la Casa Real, como mayordomos mayores, sumiller de Corps, camareras mayores, caballeros, entre otros. Este círculo cortesano, integrado por personajes variopintos, más allá del sector nobiliario, conformó las criticadas camarillas de Isabel II, del rey consorte o de la reina madre, consideradas como un poder a la sombra de la Corona, en detrimento de las Cortes, del Consejo de Ministros y de los presidentes del Gobierno. Lo que revela esto, entonces, es la relación de dependencia bidireccional que se creó entre la monarquía y la nobleza. Por un lado, la monarquía isabelina necesitaba inventariar y controlar la nobleza, reservándole una función política, para modelarla de acuerdo con sus propias necesidades, atándola al Estado con unos lazos que tampoco figuraban en la Constitución. Pero, al mismo tiempo, la cercanía física en torno a la titular de la Corona permitía mantener a aquella su poder y prestigio, pues de ella dependía la preservación de su estatus y alrededor suyo se entablaban relaciones sociales que aseguraban su cohesión como élite.

Mariano Téllez-Girón fue un miembro destacado del círculo cortesano isabelino. Su papel heroico durante la guerra carlista en defensa del trono de Isabel II le valió no sólo el reconocimiento militar, con importantes ascensos y condecoraciones, sino integrarse en ciertos puestos de la Casa Real. Así, en 1838, se le concedió el empleo de Exento Supernumerario de Guardias Reales y el cargo de Gentilhombre de S.M., un cargo en el que se unían la asistencia personal con el honor y el prestigio social que suponía tal nombramiento.⁵ Su presencia en la Casa Real revelaba el interés de la reina madre María Cristina por configurar redes de individuos afines para configurar un grupo cortesano fuerte. Y qué mejor

1 Sánchez-González 2020, 171.

2 Marichalar 1998, 203.

3 Ibid., 203.

4 Ibid., 18.

5 Sánchez 2018, 36.

estrategia que integrar a los representantes de la vieja nobleza para fortalecer, en definitiva, el trono de la reina-niña. No obstante, como ha estudiado Ramírez Olid, los Téllez-Girón no eran cortesanos: “Los Osuna, siempre un tanto al margen de la Corona, [...] crearon un Estado dentro del propio Estado; en este empeño Mariano es el que llega más lejos.”¹

De Noble a Dandi - El honor en la Revolución Liberal

No obstante, el poder de influencia de la nobleza no se limitó a la esfera política. El Estado liberal se negó a limitarse a institucionalizarla de acuerdo con el patrón doctrinario, sino que aspiró a revitalizarla, traspasando sus símbolos y sus prestigios, en la medida de lo posible, al conjunto de la sociedad liberal.

Los individuos que formaban aquel grupo fueron representados como portadores paradigmáticos de ciertos valores sociales y culturales que se entendían esenciales aún en el siglo XIX. Así, la rectitud, la seguridad, la independencia o el amor al cuerpo formaron parte de una construcción narrativa que permitió forjar el ideal aristocrático. Un ideal que tenía como base la cuestión del honor. Durante los siglos modernos, este se entendió como el eje sobre el que se articulaba la sociedad estamental, tanto como “principio discriminador de estratos y comportamientos” como “distribuidor del reconocimiento de privilegios.”² Pero lejos de ser una cuestión personal e individual, se refería a una condición social:

La conciencia estamental no se forma en el orgullo por una posición alta, no es el resultado personalmente mantenido de un sentimiento de superioridad, sino al revés, la alta condición o rango, engendrado por los poderes que se poseen, es la que suscita el orgullo.³

Sin embargo, en el siglo XIX, la identidad del individuo ya no se definía única y exclusivamente por su posición social. Debía “liberarse del corsé de su rol institucional y social, y salir a la sociedad a obtener la valoración social positiva de los miembros de la comunidad en atención a las cualidades, habilidades y particularidades que definen su identidad moderna.”⁴ Con el fin del Antiguo Régimen y el auge de la mentalidad liberal en el ámbito político, social y cultural, cayó en el olvido la idea de un honor estamental, estratificado y jerárquico para surgir, en su lugar, la noción de dignidad, lo que conduce a una reinterpretación del reconocimiento del individuo. No obstante, eran patentes las reminiscencias de la vieja aristocracia en torno al honor, la honra y el buen nombre.

Ejemplo de ello fue el propio Duque de Osuna, calificado por un contemporáneo suyo, Fernández de Córdoba, como el “primer nombre de España.” Destacando sus “cualidades de eminente hombre público,” lo describió “de arrogante figura, de amabilidad extremada y de talento poco común.”⁵ Por su parte, el escritor Eusebio Blasco advertía cómo su palacio de Madrid era “la resurrección del feudalismo.” Pero, sobre todo, destacaba cómo era el máximo representante de una clase privilegiada que estaba próxima a la extinción:

Hay algo en ellos de fantástico, de legendario; son los últimos restos de aquella nobleza más poderosa que el rey y más fuerte que el clero.⁶

Por ello, frente a “la sociedad del honor,” de carácter antiguo regimental y representada por la aristocracia, en el siglo XIX trató de imponerse “la sociedad del buen

1 Ramírez Olid 2014, 41.

2 Maravall 1979, 41.

3 Ibid., 33.

4 Alejandro de Pablo Serrano, “Los delitos contra el honor en el derecho penal español y en el derecho comparado” (PhD diss., Universidad de Valladolid, 2014), 155.

5 Fernández de Córdoba 1886, 39.

6 Blasco 1886, 35.

tono," afianzada en el modelo burgués. En este, la honradez se convertía, en teoría, en el eje articulador de las acciones, pensamientos, modales, representaciones, consumos, posturas o reflexiones de la sociedad. En cualquier ámbito de la vida, fuese pública o privada, ya sea en el núcleo familiar, el matrimonio, el trabajo, el hogar, las reuniones sociales o en cualquier actividad de ocio, había que dotarse de un halo de decencia y decoro que se conformaba por una mezcla de laboriosidad, seguridad, modestia, seriedad, respeto, tranquilidad, talento, buen comportamiento y un fuerte sentido del deber.¹ Así lo valoraba, como veremos, Juan Valera frente al honor aristocrático que representaba el Duque de Osuna. Se imponía, entonces, un modelo de sociedad en el que se forjaba un tipo de masculinidad determinada, el "hombre de bien." Éste, de acuerdo con ciertas virtudes morales y sociales, se constituía en un ideal burgués, que se definía en comparación a la imagen del aristócrata, representado como despreocupado, frío en sus relaciones domésticas, y del "petimetre," figura satírica en la que se encarna la crítica a la frivolidad, la obsesión por las apariencias. De esta manera, "el hombre de bien" debía ser buen amigo, buen esposo, buen padre y ciudadano, demostración, por tanto, de la moderación, el buen sentido, la razón y la obligación moral que exige un control constante de la propia conducta en todos los momentos y todas las actitudes, públicas y privadas.

Pero frente a la burguesía, o precisamente por ella, la nobleza se reveló en el siglo XIX como una clase social de enorme plasticidad y flexibilidad, integrando nuevos miembros a sus filas, así como adoptando nuevas herramientas y estrategias de legitimación y visibilidad. Por un lado, surgió una nobleza renovada, de nuevo cuño, integrada por militares, políticos o banqueros, que adoptaron títulos nobiliarios y ciertas formas aristocráticas, pero con un posicionamiento más utilitario de la realidad cotidiana. Era la unión de los viejos prestigios con las nuevas formas sociales, cuya cohesión resultaba necesaria para el afianzamiento del régimen liberal. El resultado, en definitiva, fue el "barullo nobiliario," fruto de la concesión de títulos, que denunciara Fernández Bethencourt a principios del siglo XX. De hecho, en muchos casos, esta nueva nobleza arrolló a la antigua aristocracia, ocupando los principales cargos políticos o alcanzando el monopolio en ciertos sectores económicos, como el ferrocarril o el negocio urbanístico.

En esa renovación del estatus nobiliario, se produjo una reinención de la tradición que permitió transformar la esencia característica del Antiguo Régimen y poder reinterpretarla, para sustituir lo viejo por lo nuevo como si de un proceso natural se tratara. Así, a partir del artificio aristocrático, surgieron y se consolidaron en el siglo XIX nuevas figuras que reflejan la capacidad de la nobleza de imbuir sus formas a otras capas sociales.

El Dandi es uno de esos tipos sociales que, tras la revolución francesa, dominó el imaginario público. En sus inicios, el dandismo se concibió como una cuestión principalmente estética, que tenía como base la apariencia, la indumentaria, el encanto personal y sus dotes seductoras, de acuerdo con las características propias del caballero inglés o del *bon vivant* francés. Sin embargo, como explicó Baudelaire:

Esas cosas no son para el perfecto Dandi más que un símbolo de la superioridad aristocrática de su espíritu. [...] Es, ante todo, la necesidad ardiente de hacerse una originalidad, contenida en los límites exteriores de las conveniencias. Es una especie de culto de sí mismo, que puede sobrevivir a la búsqueda de la felicidad que se encuentra en otro. [...] Es el placer de sorprender y la satisfacción orgullosa de no sorprenderse nunca.²

1 Ortega del Cerro 2018, 624.

2 Baudelaire 2000, 115.

En su análisis sobre la figura del Dandi, pone en valor el territorio mítico del mundo de la aristocracia, a pesar de estar “parcialmente vacilante y envilecida.” Por eso, el Dandi se reveló como una especie nueva de nobleza que suponía “el último destello de heroísmo” frente a la decadencia causada por la democracia.

Por lo tanto, la revolución liberal y la pérdida de liderazgo de la nobleza histórica dieron paso a la consolidación del Dandi como “una quintaesencia de carácter y una inteligencia sutil de todo mecanismo moral de este mundo.”¹ El Dandi, sin embargo, no quiere cambiar el mundo, no busca la superación hacia el porvenir, hacia un nuevo orden de valores. Este nuevo sujeto, en realidad, se ocupa de mantener intactos los excesos que padece con los valores establecidos para poder revelarse contra ellos. Sin embargo, aunque se revela, no actúa, y esa tensión le lleva a la ironía y el escepticismo como rasgos propios de su identidad. El Dandi no puede querer cambiar nada porque no cree en nada y, por tanto, no tiene ninguna ambición. De ahí su hastío o su desinterés hacia la política y los problemas de su entorno. El Dandi se muestra, así, completamente independiente de la realidad en la que vive y, en su lugar, ejerce un culto al ego, la impassibilidad, la fantasía, la elegancia y la distinción. Su forma de vida, “el arte de vivir bien,” refuerza su distanciamiento, su superioridad y su personalismo frente a los demás con el objetivo de dejarse admirar por todos sin jamás permitirse sorprenderse por nada. Sólo así se puede forjar el mito del Dandi.

El Duque de Osuna se revela, entonces, en esta visión como un Dandi que quiso ser la representación personificada del buen gusto, por encima de la noble cuna o el poder del dinero, los cuales, igualmente, resultaron necesarios para su despliegue. Como el Dandi, el Duque de Osuna hizo de su vida, rebelde y pasiva a la vez, un verdadero tratado del comportamiento. Y así lo puso en marcha durante el tiempo que duró su embajada en la Corte de San Petersburgo, sorprendiendo y admirando a propios y extraños. Al fin y al cabo, mientras que el viejo honor era una “condición social,” como señalaba Maravall,² la nueva acepción que se consolida en el ochocientos va alejándose progresivamente de la sangre para incidir en las cualidades y atributos sociales que dependían directamente de la singularidad del individuo. Por tanto, el honor modula qué hacer a partir de un poderoso garante como era la fama y la opinión de la comunidad social más inmediata.

El Duque de Osuna en Rusia, una cuestión de honor.

La visión de Valera en sus *Cartas Desde Rusia*

La reconciliación diplomática entre las Cortes de Madrid y San Petersburgo no pudo contar con mejor representante para ponerla en ejecución, tras veinte años de reticencias rusas. Como escribió Marichalar en su particular biografía, en la corte del zar es donde estalla el delirio de grandeza del Duque de Osuna:

Allí encontrará el monarca más absoluto, la campana más grande, el frío máximo, el imperio mayor, el cañón de más calibre... Allí Osuna se titula: “El Grande de los Grandes de España.” [...] En Rusia fue donde más relució y más brilló este gran fantasmón lleno de humos, que lleva recatada un alma devastadora de incendiario.³

Los intentos del liberalismo por conseguir el tan ansiado reconocimiento de Isabel II en la esfera internacional tuvieron, al fin, éxito con el desbloqueo de la corte rusa. Desde el año 1833, la cuestión sucesoria en el trono español tras la muerte de Fernando VII y

1 Baudelaire 1996, 358.

2 Maravall 1979.

3 Marichalar 1998, 127.

la disputa ideológica que se abrió reveló las reticencias de Rusia hacia el proyecto político liberal. Su particular apoyo al carlismo evidenciaba “una cuestión de principios, cuestión europea, cuestión vital para las sociedades.”¹ Es decir, la defensa del absolutismo. Sólo así se entendía las recomendaciones políticas y la ayuda financiera que la Corte de Nicolás II facilitó a los representantes diplomáticos del pretendiente carlista.

Sin embargo, ante la necesidad de nuevas alianzas internacionales tras la guerra de Crimea, España, integrada en la órbita de influencia de Napoleón III, se convirtió en un objetivo claro de la nueva política exterior rusa. Tras el “error del Emperador Nicolás,” como afirmaban los embajadores rusos a los representantes españoles en las cortes europeas, la nueva máxima del Gobierno ruso era la no intervención en los asuntos internos de sus aliados. Así, durante el breve gobierno del general Narváez en 1856, el Conde Konstantín Bekendorf llegó para comunicar a la reina española la ascensión al trono del nuevo zar. Su visita fue interpretada por la reina Isabel II como “presagio feliz de que han de estrecharse en lo venidero con nuevos lazos de cordial armonía el mutuo aprecio y las antiguas conexiones que hermanaron siempre a ambos pueblos.”²

A finales de año, Madrid y San Petersburgo confirmaron a sus enviados: Isabel II nombró al Duque de Osuna y Alejandro II al príncipe Mijail Alexándrovich Golitsin. El objetivo del ministro plenipotenciario ruso debía ser, además de consolidar el restablecimiento de las relaciones diplomáticas, “brindar apoyo moral al poder autocrático en este país” frente a unos partidos que, como manifestaba Gorchakov en las instrucciones dadas a Golitsin, “logran tomar el poder por turno, continúan luchando en torno a la Reina Isabel. Sin embargo, ninguno de ellos ha logrado hasta ahora ni reforzar el trono, ni establecer un orden sobre la base sólida que corresponda a los intereses de la nación”. Esta fue la línea que siguieron los sucesores de Golitsin al frente de la delegación rusa durante el reinado de Isabel II, Stackelberg (1861-1861) y Volkonski (1862-1870), pues España y Rusia, aunque polos extremos desde el punto de vista geográfico, compartían la “inquebrantable lealtad” y amor por la institución monárquica.

En un principio, la delegación extraordinaria comandada por el Duque de Osuna pretendía ser análoga a la del Conde Bekendorf. El Duque de Osuna era la persona que debía garantizar el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Rusia. Como asegura Sánchez-González, “¿quién mejor que Osuna podía dejar más alto el pabellón español?, ¿quién iba a reflejar mayor grandeza que “el grande los Grandes”? y, ¿quién, sino él, iba a salirle más rentable a las arcas de la Monarquía?”³

Para ello, contamos con un testimonio fundamental, la obra de Juan Valera, *Cartas desde Rusia*. Como secretario de la embajada del Duque de Osuna, durante los más de siete meses que permaneció en ella, remitió infinidad de cartas a su amigo, el subsecretario de Estado, Leopoldo Augusto Cueto. Estas, publicadas en la prensa española, a pesar de su carácter privado, lo que perturbó la relación de Valera con Osuna, revelaron a la opinión pública de España una imagen particular de la Rusia zarista, pero, sobre todo, contribuyó a alimentar la leyenda en torno a Mariano Téllez-Girón. Representante de la burguesía y afincado dentro del liberalismo, del que evolucionará del alma progresista de sus primeros años a una postura moderada que le ayudó en su ascenso político y diplomático, la llegada a San Petersburgo supuso para Valera un brutal choque aristocrático:

El aspecto de San Petersburgo no puede ser más grandioso. No sé dónde viven los pobres, porque no se ven más que palacios,

1 Urquijo Goitia 1988, 614.

2 “Boletín Oficial de Filipinas, January 21, 1857,” Biblioteca Virtual de Defensa, accessed May 10, 2021, http://www.bibliotecavirtualdefensa.es/BVMDefensa/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=183031.

3 Sánchez-González 2020, 166.

monolitos, cúpulas doradas, torres, estatuas y columnas. Las calles y las plazas son inmensas. [...] La vanidad y presunción de esta gente es inaudita, y entiendo que mira con desprecio a todas las naciones de Europa.¹

Así, como advirtió, “la consideración de que goza la aristocracia es grande en estos países,” por lo que “el nombre del Duque de Osuna hace buen efecto” para la reconciliación entre ambas cortes.² De hecho, durante la travesía hasta llegar a Rusia, el escritor pudo comprobar en primera persona la fama del Duque en los círculos de la alta sociedad europea:

Viajamos a lo príncipe. Paramos en las mejores y más elegantes fondas, y tenemos coches, criados, palco en los teatros, y cuanto hay que desear. [...] Le atienden y agasajan sobremanera en los puntos donde nos detenemos, y harto claro se ve que su nombre suena bien en los oídos de esta gente del Norte, mucho más aristocrática que nosotros, o por lo menos no tan envidiosa, y sí mejor educada.³

Pero no sólo Valera lo corroboró. El propio aristócrata se percató, nada más llegar a la Corte de San Petersburgo, que “en vista de las delicadas y extraordinarias atenciones de que he sido objeto [...] se puede asegurar que las relaciones entre una y otra Corte serán en adelante tan satisfactorias como conviene al bien de ambos pueblos.” De hecho, tras presentar las cartas credenciales ante el emperador ruso, que “no determinan mi carácter oficial en la Corte de Rusia, ni me acreditan cerca de este soberano como embajador o como ministro,” el Duque de Osuna veía cómo recibía “muchas de las distinciones y ceremonias que, en casos semejantes deben hacerse a los embajadores, y se ha mostrado por todo extremo afable y bondadoso conmigo.” Estas atenciones no reflejaban simplemente los deseos de Rusia por restablecer las relaciones diplomáticas con España, marcadas por una notable distancia geográfica y un cierto desinterés político, sino la sobredimensión del estatus nobiliario del Duque, famoso en toda Europa. Así lo afirma Valera cuando “muy apurado se vio el Duque para responder a todas las preguntas del rey sobre los títulos de la casa de Osuna y la historia de estos títulos.”⁴ Por lo tanto, “tendrían notable influencia en estos milagros de bondad las veintitantas grandezas del Duque, sus infinitos castillos y títulos y lo sonoro y conocido de su nombre.”⁵ De ahí la “notable afabilidad,” la deferencia en las precedencias y los regalos que percibía Osuna por parte de los miembros de la familia real y de la élite aristocrática rusa. Por ejemplo, a los pocos meses de su llegada, sin tener aún el reconocimiento diplomático oficial del Gobierno español como ministro plenipotenciario, recibiría de manos del emperador la Cruz de la Orden de San Alejandro Nevski.

No obstante, a la hora de analizar el relato de Valera, hay que entenderlo como polo extremo al Duque de Osuna. Frente a los valores del “hombre de bien,” que representaba el primero, de acuerdo con la mentalidad burguesa, como hemos visto anteriormente, se contraponían los característicos de la aristocracia. A través de sus cartas, es posible percibir la incompreensión de Valera en torno al mundo aristocrático en el que se ve inmerso durante la embajada rusa: “En medio de estos jolgorios conozco que estoy yo de más... Al Duque le seguirán siempre considerando como un gran señor y noble y espléndido caballero.”⁶ De ahí, entre otras razones, su deseo por volver a España, pues “¿cómo han de considerarme, pues, a mí como un secretario de una Legación de España que no existe? Quedarme aquí como amigo

1 Juan Valera, *Cartas desde Rusia* (Madrid: Afrodisio Aguado, 1950), Volum I, 103.

2 Valera 1950: I, 25.

3 Valera 1950: I, 8.

4 Valera 1950: I, 17.

5 Ibid., 19.

6 Ibid., 175.

del Duque y comensal suyo no, puede ser, porque el Duque no me honra."¹ La descripción que realiza del Duque no es sólo la de un Grande de España sino la de un Dandi que entiende la importancia que supone la apariencia y no pasar nunca desapercibido:

El Duque es incansable y no comprendo cómo no se cae muerto de fatiga. No duerme ni reposa; se viste y desnuda seis o siete veces al día, y no hay fiesta en que no se halle ni persona a quien no visite; con lo cual, y con su grande cortesanía y con toda la larga cáfila de sus títulos, se tiene ganada la voluntad de los rusos.²

Por su parte, Valera aseguraba no poder "más con tanto baile y tanta diversión, y de veras me alegro de que mañana termine el Carnaval y entremos en la Cuaresma de por aquí, más severa y penitente."³ Así, el escritor se sentía encerrado en el mundo cortesano, quejándose de no conocer "más que la alta sociedad de Rusia, que indispensablemente se asemeja a la de los otros pueblos, e ignoramos lo que éste es."⁴ Al fin y al cabo, esa aristocracia resultaba incompatible con la autocracia del zar. No obstante, pudo comprobar durante su breve estancia cómo "va despertando en ella la ambición y que va naciendo un partido aristocrático."⁵

Fruto, por tanto, de esa proximidad con el ambiente nobiliario, que no le era ajeno, pero, sobre todo, por el contacto directo con el Duque de Osuna y su particular forma de ser, Valera vaticinó el fin de la aristocracia. Para él, "la aristocracia de sangre terminará, a mi ver, en todas partes."⁶ Frente a esta, debía ser la clase media, numerosa e ilustrada, la que debía liderar los resortes del Estado, con el reconocimiento por parte de la sociedad. No obstante, a pesar de cómo la ciencia, la virtud, el valor y el ingenio eran los rasgos característicos del hombre burgués, resaltaba de la nobleza "los modales elegantes, el trato fino y delicado y la cortesanía y completa apariencia señorial y caballeresca."⁷

Por esta razón, el Duque de Osuna se veía a sí mismo como el embajador perfecto para la corte rusa. De hecho, en una sociedad con tantas pervivencias del Antiguo Régimen, Mariano Téllez-Girón fue visto como un miembro más, de elevado prestigio, de aquel reducido círculo privilegiado: "Aquí le quieren mucho, y ya saben todos cuántos castillos tiene y que tiene un excelente corazón y cocinero."⁸ En ese juego cortesano, donde la ostentación resultaba clave, el Duque de Osuna se movía como pez en el agua:

El Duque pagará bizarramente los bailes y comidas que le han dado. Estos salones, iluminados en una noche de baile, parecerán encantados y diáfanos. La escalera, el jardín, el salón principal de baile y la inmensa antesala están en comunicación por medio de arcos, cubiertos sólo de grandes cristales. Por este orden debía ser el palacio que vio Don Quijote en la cueva de Montesinos, y donde Belerma salía en procesión, con sus dueñas y el corazón amojamado del señor Durandarte.⁹

Frente al nombre contemplado por el Gobierno español, el histórico líder del Partido Moderado, Javier Istúriz, para ocupar la embajada rusa, Mariano Téllez-Girón desplegaba el aura aristocrática que lo acompañaba. Así lo advertía el propio Valera,

1 Valera 1950: I, 175-176.

2 Valera 1950: II, 62.

3 *Ibid.*, 65.

4 Valera 1950: I, 143.

5 Valera 1950: III, 87.

6 Valera 1950: II, 85.

7 *Ibid.*, 86.

8 Valera 1950: III, 71.

9 Valera 1950: I, 184.

quien lamentaba que “no saben, por lo pronto, lo que D. Javier vale, y acaso dan sobrada importancia a los títulos y riquezas del Duque y poca a los servicios, merecimientos y alta significación política del otro.”¹

Finalmente, Valera abandonó Rusia en junio de 1857, tras la confirmación por parte del Gobierno español de que el Duque de Osuna sería el ministro plenipotenciario en San Petersburgo. De hecho, en 1860 fue ascendido al rango de embajador, cargo que ocuparía hasta 1868, cuando el destronamiento de Isabel II y su lealtad a la reina lo llevarían a abandonar definitivamente la corte rusa. No obstante, desde el mismo momento en que Osuna confirmó su cargo, fueron largos los periodos en los que se ausentó de la capital zarista. Así, fueron los sucesivos encargados de negocios, como el marqués del Villar, el marqués de Selva Alegre o Eduardo Díaz del Moral, entre otros, quienes en muchas ocasiones fueron las verdaderas correas de transmisión de todo cuanto acontecía en Rusia, de los intereses.

Osuna siguió siendo el “niño mimado” del zar. De hecho, su proximidad a éste le permitió informar de asuntos confidenciales al Gobierno de Madrid. Pero la actitud benévola del Duque hacia la corte rusa influyó en la forma en que se transmitieron ciertos temas peliagudos como la persecución a la prensa o a los movimientos estudiantiles, llegando a España estos acontecimientos bajo su prisma. Por lo tanto, a pesar de la falta de objetividad de sus informes, su actitud le permitió garantizar las buenas relaciones entre ambos países.

Pero lejos de la “vara alta y hasta cierta jurisdicción en este Imperio,”² que, según Valera, el Duque de Osuna esperaba tener una vez adquirido el estatus oficial como embajador, su poder residía en su propia persona; en su honor aristocrático y en su extravagante comportamiento como Dandi. Así, el Duque de Osuna dispensó multitud de atenciones y obsequios que rivalizaban en lujo, derroche y extravagancia con el propio zar. De esta manera, fueran ciertas o no las noticias que circularon por las calles de Madrid y San Petersburgo, contribuyeron a crear el mito del Duque de Osuna.

Conclusiones

En términos políticos y económicos, la embajada del Duque de Osuna en la corte alejandrina estuvo lejos de cumplir con las expectativas, si es que alguna vez las hubo: ni se materializaron acuerdos comerciales ni permitió a España librarse de la órbita de influencia de Francia y de Inglaterra, como pretendían Narváez y O'Donnell, ni ocupar un puesto relevante en el concierto europeo, como añoraba Miraflores.

Por un lado, reflejó, a través de sus informes, el carácter reformista de la Rusia alejandrina, contribuyendo a reforzar esa imagen de liberal que adquirió el zar Alejandro II en los primeros años de su reinado por toda Europa. Por otro lado, para los rusos, la actuación del Duque de Osuna permitió rebatir los estereotipos existentes en torno a España y los españoles que viajeros rusos habían importado según la mentalidad europea, así como reforzar el prestigio de la reina Isabel, reconocida formalmente no sólo por Rusia sino por el resto de las potencias legitimistas. Es cierto que la estabilidad del “Gobierno largo” de O'Donnell y las campañas internacionales que organizó contribuyó a ello. Sin embargo, la poca relevancia que tuvieron para Rusia indica el capital simbólico de la embajada de Osuna.

En ella, el significado de honor-virtud tradicional se puso de manifiesto. Sin embargo, Mariano Téllez-Girón fue consciente de que la mera reputación tradicional, basada en la importancia de su linaje, no bastaba. Por ello, Osuna encontró en la corte rusa el “retablo apropiado” en el que poder desplegar todo el artificio característico del aristócrata y del Dandi. Frente a la debilidad nobiliaria que el Estado liberal español pareció revelar y que

trató de evidenciar, el Duque de Osuna, a través de sus viajes y estancias en el extranjero, ya fuera por sus compromisos diplomáticos como por sus apetitos personales, realizó un "acto trascendente de dandismo," sintiendo la "patria ingrata" del Dandi romántico y la imperiosa comezón de estar siempre lejos.

En Rusia, donde la revolución liberal no había llegado, uno seguía siendo por lo que representaba. Así, el Duque de Osuna pudo mostrarse tal y como era, reforzando su delirio de ser el "grande entre los Grandes de España." Por ello, la embajada, sin lograr objetivos políticos de peso, fue un auténtico éxito. Como ya vaticinara Valera, como embajador el Duque de Osuna, "será tan bueno, que ni pintado, ni de encargo, lo fabricarían mejor."¹ De hecho, Valera, pese a sentirse fuera de lugar en Rusia, aprendió para su futura carrera diplomática el papel que el embajador tenía como imagen de España y, por tanto, la actitud de ostentación constante del Duque de Osuna le haría ser consciente de la importancia de la dignidad y decoro de los espacios de representación. No obstante, los sucesores en la embajada rusa, como el Marqués de Camposagrado (1881-1892) o el Conde de Villagonzalo (1892-1896), estarían lejos de repetir la hazaña de Osuna, y sus comportamientos, así como sus gastos, fueron mucho más recatados.

El Duque no sólo se amoldó a las costumbres nobiliarias y autocráticas rusas, sino que permitió introducir una manera muy personal de entender la figura del noble. Como si del francés Conde d'Orsay se tratara, o del inglés Brummel, prototipos del Dandi europeo de la primera mitad del siglo XIX, a partir de las anécdotas que forjaron su leyenda en Rusia y al otro lado de Europa, Osuna hizo gala de aquellos valores que iban más allá de su estatus aristocrático. Su excentricidad implicaba, por tanto, una revolución individual contra las conveniencias sociales. De esta manera, Osuna, libre y sin límites económicos, sociales y políticos, hizo de su vida un verdadero tratado del comportamiento en el que enfatizó el culto a sí mismo, caracterizado por la impasibilidad, la fantasía, la elegancia y la distinción. Esa visión romántica perduraría en el tiempo, lejos de su país, lejos de Rusia, a pesar de la ruina económica y una vez fallecido.

→ Referencias / References

- Baudelaire, Charles. *Salones y otros escritos sobre arte*. Madrid: Visor, 1996.
- Baudelaire, Charles. "El Dandi." En *El pintor de la vida moderna*, 113-118. Murcia: COAYAT-Librería Yerba, 2000.
- Blasco, Eusebio. *Mis contemporáneos. Semblanzas varias*. Madrid: Francisco Álvarez, 1886.
- Comas y Arqués, Augusto. *Casa de Osuna e Infantado: consulta y dictamen de los señores letrados Comas, Pi y Margall, Pedregal, López Puigcerver y Ojea y Somoza*. Madrid: Tipografía de Manuel G. Hernández, 1885.
- Fernández de Bethencourt, Francisco. *Anuario de la nobleza de España*, I. Madrid: Est. Tip. De Fortanet, 1908.
- Fernández de Córdoba, Fernando. *Mis memorias íntimas*, Vol. 1. Madrid: Establecimiento tipográfico Sucesores Rivadeneyra, 1886.
- Jover Zamora, José María. "El papel de la nobleza en la sociedad isabelina." *Cuadernos de Historia Contemporánea (Antología de textos del profesor José María Jover Zamora)* 9/123 (1988): 147-156.
- Maravall, José Antonio. *Poder, honor y élites en el siglo XVII*. Madrid: Siglo XXI, 1979.
- Marichalar, Antonio. *Riesgo y ventura del duque de Osuna*. Madrid: Palabra, 1998.
- Mata Olmo, Rafael. "Crédito, especulación y trasvase de riqueza en la última etapa de la crisis de la Casa

1 Valera 1950: II, 83.

de Osuna." In *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876–1931*, Vol. 1, edited by Ángel Bahamonde Magro y Luis Otero Carvajal, 613–636. Madrid: Comunidad de Madrid, 1989.

Moral Roncal, Antonio Manuel. "La nobleza española en la política y diplomacia durante la Edad Contemporánea." *Aportes* 89/3 (2015): 81–113.

Ortega del Cerro, Pablo. "Del honor a la honradez: un recorrido por el cambio de valores sociales en la España de los siglos XVIII y XIX." *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* 24 (2018): 597–618.

Pacheco, Joaquín Francisco. *Lecciones de Derecho Constitucional*, Vol. 1. Madrid: Imprenta y Librería de D. Ignacio Boix, 1845.

Pro Ruiz, Juan. "Poder político y poder económico en el Madrid de los moderados (1844–1854)." *Ayer* 33 (2007): 27–55.

Ramírez Olid, José Manuel. "Cuando la realidad se hace leyenda: Mariano Téllez-Girón (1814–1882)." *Cuadernos de los Amigos de los Museos de Osuna* 16 (2014): 35–43.

Sánchez, Raquel. "Los gentilhombres de Palacio y la política informal en torno al monarca en España (1833–1885)." *Aportes* 96/1 (2018): 33–64.

Sánchez-González, Antonio. "Mariano Osuna, entre la realidad y la leyenda." *Revista de Humanidades* 39 (2020): 151–174. <https://doi.org/10.5944/rdh.39.2020.22158>.

Urquijo Goitia, José Ramón. "El carlismo y Rusia." *Hispania* 48/169 (1988): 599–623.

Обзорная статья

<https://doi.org/10.46272/2409-3416-2021-9-2-80-95>

XII Герцог Осуна между аристократическим духом и денди. Посольство России как дело чести

© Х. Пахарин Домингес, 2021

Хорхе Пахарин Домингес, аспирант Международной докторской школы Университета Рей Хуан Карлос; Приглашенный профессор Университета Рей Хуан Карлос, Мадрид (Испания)
Для корреспонденции: 28008, Испания, Мадрид, ул. де Кинтана, 2

E-mail: jorge.pajarin@urjc.es

Статья поступила в редакцию: 17.05.2021

Доработана после рецензирования: 14.06.2021

Принята к публикации: 30.06.2021

Для цитирования: Pajarin Domínguez, Jorge. "El XII duque de Osuna entre el espíritu aristocrático y el Dandi. La embajada rusa como cuestión de honor" [The XII Duke of Osuna, between aristocratic spirit and Dandy. The Russian embassy as a matter of honor]. *Cuadernos Iberoamericanos* 9, no. 2 (2021): 80–95. <https://doi.org/10.46272/2409-3416-2021-9-2-80-95>. [In Spanish]

→ Аннотация

В 1856 году были восстановлены дипломатические контакты между дворами Мадрида и Санкт-Петербурга, которые отсутствовали на протяжении более чем двух десятилетий. Назначение Мариано Те-

льеса-Гирона, 12-го герцога Осуны, полномочным министром при российском дворе ознаменовало возобновление отношений между двумя странами, которые ухудшились, главным образом, в результате Карлистской войны. Однако, прежде всего, это означало подтверждение стремления испанского дворянина оставить свой след в российской общественной и придворной жизни. Независимо от политических разногласий, которые могли возникнуть между двумя странами, Герцог Осуна смог завоевать доверие царя и продемонстрировать свое особое чувство чести, пропитанное аристократическим духом европейского денди. Цель данного исследования – представить профиль герцога Осуны во время его дипломатической миссии в Санкт-Петербурге, основываясь на идее благородства, которая сформировалась, не без противоречий и несогласия, в испанском либерализме, и на образе денди как нового архетипа буржуазной чести. «Письма из России» Хуана Валеры, секретаря этого посольства, раскрывают образ Осуны при дворе Александра II. Герцог не только приспособился к российским дворянским и самодержавным обычаям, но и сформировал совершенно особый способ понимания фигуры дворянина, что позволило ему опровергнуть существующие стереотипы об Испании, а также укрепить престиж королевы Изабеллы, формально признанный не только Россией, но и остальными державами.

→ Ключевые слова

Благородство, честь, денди, дипломатия, Герцог Осуна, Хуан Валера

Конфликт интересов: Автор заявляет об отсутствии потенциального конфликта интересов.